

Históricas Digital

Ernesto de la Torre Villar

“Sigüenza y Góngora, hombre religioso”

p. 233-242

Carlos de Sigüenza y Góngora

Homenaje 1700-2000. I

Alicia Mayer (coordinación y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2000

394 p.

Figuras

(Serie Historia Novohispana 65)

ISBN 968-36-8219-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/371_01/siguenza_gongora.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



SIGÜENZA Y GÓNGORA, HOMBRE RELIGIOSO

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

Poeta, astrónomo, matemático, novelista, cosmógrafo, capellán, limosnero e historiador, son algunos de los calificativos que se aplican justificadamente a Carlos de Sigüenza y Góngora. Falta situarlo como hombre, como ser viviente: estudioso, obsesivo, iracundo, intransigente, altamente sensible al arte, leal a los amigos, celoso de su honra y méritos, incansable, de naturaleza dolorida, quejumbroso del dolor físico que entiende pero no soporta, mil y mil cualidades y defectos podrían atribuirse al hombre que engalanó con su portentosa sabiduría la segunda mitad de la decimoséptima centuria mexicana.

Hombre de sangre peninsular, mas de temperamento y carácter novohispanos, su espíritu, como el de su amiga la monja jerónima, la genial sor Juana, está presente en las más altas esferas de la inteligencia y sensibilidad novohispanas. Junto con Juan Ruiz de Alarcón y Cristóbal de Villalpando, representan los puntos angulares del cuadrilátero que marca el contorno de una cultura que luego de penosa y laboriosa maduración llegaba a su clímax. Cuatro insignes mostraban inteligencia, sapiencia, sensibilidad y enorme capacidad racional. Si del pasado dual, rico, lleno de excelencias tomaban sustancia, saber y experiencia, su mente, los ojos del espíritu les hacia ver un futuro lleno de logros, de cambios favorables. Y en efecto, si en esa decimoséptima centuria el número de egregios era corto, cien años después sería cuádruplo el de los seres excepcionales. Mayores si en número, pero no en calidad. Esos cuatro sustentarían en ese siglo de excelencia el enorme firmamento de la cultura dieciochesca.

Actividades múltiples ejerció ese pequeño grupo; de cada una de ellas contamos hoy día con estudios de calidad, con acercamientos a su saber científico, su sensibilidad pictórica o poética y aun a rasgos importantes de su carácter, de su manera de ser. Tenemos ya más luces sobre su calidad humana, su proceder dentro de la sociedad de su tiempo, sus ideas científicas o filosóficas, pero nos faltan y echamos de menos los retratos auténticos en donde estén bien dibujados sentimientos

y afanes, gustos y antipatías. Los hombres de carne y hueso como que se deslíen, se borran ante la magnitud de la obra, y estas dos cosas tienen que venir aparejadas como la sombra al cuerpo y viceversa.

Intentar otros acercamientos resulta difícil, pues nos hemos olvidado que todo ser vive en el mundo de la economía, de la política, de la moral, y también, mucho más en aquellos años que en los nuestros, de la religión, de la trascendencia, de las creencias y costumbres piadosas. Muy lejos estamos de contar con serios estudios en torno a la espiritualidad personal e institucional. Hacemos historias de monjas y frailes y hablamos de sus fundaciones, de los superiores de hombres y mujeres encerrados en un claustro y a veces mostramos parte de su actividad intelectual y social, pero no profundizamos en su desarrollo espiritual, en la hondura de su pensamiento religioso, en la relación Dios y hombre que mostraría el aspecto más valioso de su actividad. Hemos llegado a elaborar menologios, menos sinceros que los que aparecen en las crónicas religiosas y también menos delicados y bellos y no hemos sabido establecer la relación que obra entre esa actividad y la sociedad en que se da. El trabajo es arduo, fino y requiere sensibilidad y conocimientos, mas es urgente realizarlo pues sus resultados darían otra proporción y valor a la historia religiosa, no eclesiástica, que requerimos.

Intentar conocer aun cuando sea superficialmente esa faceta del hombre religioso en el pasado, es tarea difícil. Tratar de entender la religiosidad de un hombre excepcional, tan sabio como piadoso como fue Carlos de Sigüenza, ha sido una propuesta desmesurada a la que me ha llevado el cuidadoso y meritorio trabajo de Alicia Mayer, cuando ha esbozado un paralelo digno de toda atención entre dos hombres sabios, eminentemente religiosos y casi coetáneos y contemporáneos, el mexicano Sigüenza y el bostoniano Mather.

Aquí, en estas breves páginas, voy a intentar referirme, con inusitada osadía a ese otro aspecto que encontramos en la poliédrica figura de Sigüenza, el del hombre religioso, el *homo religioso*.

Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700) nació y vivió en el siglo de mayor religiosidad de Nueva España. La evangelización había concluido su etapa gloriosa, el cristianismo se había consolidado y casi toda la sociedad novohispana, excluyendo algunos grupos marginales que aún permanecían en periodo misional, constituían el pueblo de Dios. La Iglesia católica estaba firme y seguramente constituida, la fe era sencilla, limpia, como la habían enseñado los evangelizadores, abierta a las expresiones populares que la herencia ancestral había dejado y que el espíritu de Trento y la Contrarreforma auspiciaban. Un grupo, el más selecto, el educado y formado en los colegios eclesiásticos, poseía sólida instrucción apoyada en un buen conocimiento de la filosofía

y la teología. Ciencia y humanidades, hasta donde alcanzaba el conocimiento universal, se enseñaban en la Universidad y en los colegios de la Compañía de Jesús, principalmente. Los anales de la Iglesia y misiones no revelan ningún connato de herejía ni de cisma religioso. Este último aspecto lo cuidaba con celoso afán el Tribunal de la Inquisición, que servía como órgano de control político y social del Estado. La moral, vigilábala también el Santo Oficio, pues convenía que la sociedad practicara la virtud y huyera del mal.

Costumbres religiosas, las más procedentes de Europa, provenían de los países de los misioneros; prácticas piadosas a las que estuvo apegada intensamente la sociedad novohispana; rituales eclesiásticos llenos de pompa y esplendor y un gran número de templos, capillas, monasterios, conventos y la lenta erección de las catedrales, formaban el sustrato de esta creyente sociedad que adoraba a Cristo y veneraba a su madre en la advocación de Guadalupe.

Nacido en familia de buen pasar, dotado para el estudio y la reflexión; una vez aprendidas, y bien, las normas de las nobles artes de leer, escribir y contar, el aún niño, casi adolescente, Carlos de Sigüenza y Góngora ingresó al colegio de San Ildefonso que la Compañía de Jesús tenía en la ciudad de México. Ahí, primeramente instruido en humanidades clásicas, tanto sobresalió en ellas, que a los diecisiete años compuso un poema heroico llamado *Primavera Indiana*, en alabanza de la *Flortdísima Imagen de la Virgen Madre de Dios de Guadalupe de México*, como escribe en su certera y amplia semblanza don Juan José de Eguiara y Eguren, quien conoció y abrevó en testimonios de contemporáneos de Sigüenza. Y —agrega—

ahí mismo, en los colegios de la Compañía, habiendo bebido la filosofía e instruido egregiamente en teología, apuró avidísimamente de las aulas de la Universidad de México, el derecho canónico, y a estas dotes del espíritu, añadió la cultura de los críticos y de la historia y su erudición en las matemáticas disciplinas, por las que llegó a ser muy apreciado en mucho por los más célebres maestros europeos de su época, y aun por los posteriores.

Su alta sensibilidad aquilatada en el cultivo de las humanidades clásicas le llevó a convertirse a la larga en el “*Dulce canoro cisne mexicano*” de sor Juana. También de los colegios de los jesuitas derivaría tras tesonero y recio aprendizaje, su alta capacidad científica como mostró al convertirse en aguerrido contrincante en la polémica que entabló contra las falacias de don Martín de la Torre, y también contra la falta de conocimientos y menosprecio hacia la inteligencia criolla de su arrogante y despreciativo hermano de sotana, el padre Eusebio Francisco Kino.

La Universidad de México, los ricos repositorios con que contaba y el desarrollo de su notable inteligencia, le convirtieron en el sabio moderno, de raigambre cartesiana, más ilustre en su siglo. Su saber científico, riguroso y plural —que mostró también en otros menesteres de utilidad para las posesiones españolas y que ocupa lugar preferentemente en su acción académica— no le impidió tampoco adentrarse en el estudio de la historia antigua, en sus calendarios y cronología, ni tampoco en la descripción de las festividades religiosas que con enorme delectación realizó en el *Triunfo Parténico* y en las *Glorias de Querétaro*. Es justamente en estas obras en donde hallamos en parte expresada su sensibilidad ante las manifestaciones religiosas y profanas de la sociedad mexicana, en donde percibimos rigurosamente perfiladas sus creencias, su sentido de lo religioso.

Sigüenza, hombre de ciencia, coloca en Dios la base y fundamento de todo saber. Es el creador de quien todo deriva, el ser omnipotente, el hacedor, el todopoderoso. Es el ser sobrenatural, creador, quien permite la vida del hombre y la existencia de todas las cosas. Él también juzga la conducta de los hombres desde el altísimo solio en que se encuentra y es Nuestro Señor y Redentor.

Dios, el Creador, ejerce su providencia como cualidad esencial suya, como disposición peculiar; es una muestra de su poder y en ese sentido Dios es igual a la Providencia. La Providencia —escribe— es la cualidad magnífica y omnipotente de Dios. Él, a través de su Providencia que es su cualidad primordial, realiza la creación de todas las cosas. Ella significa la omnipotencia y la autoridad de la divinidad. Estas expresiones, que encontramos en su más ascendida obra científica, en la *Libra Astronómica*, se completan con muchas otras más que se integran dentro de su pensamiento teológico.

En su argumentación científico-filosófica aparecen numerosas referencias a Cristo, las cuales hace al mencionar el Evangelio, al referirse al Nuevo Testamento, que maneja con soltura, conocimiento y fluidez, al igual que las antiguas escrituras. Sin ser profundo escritor, Sigüenza hace gala de su certero saber.

Las menciones a Cristo que Sigüenza hace, están relacionadas con el cómputo del tiempo que frecuentemente emplea. La figura de la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu Santo, la utiliza para significar el don de la sabiduría. De una mención del *Eclesiástico* la toma como forma de representar la inspiración, el designio divino, la iluminación mental.

La Iglesia católica a la que perteneció siempre, a la cual sirvió y por la cual vivió, la estima como la congregación de los fieles, como la cabeza del pueblo de Dios. Representa el tribunal y la potestad para condenar las supersticiones, corregir las herejías, la suprema custodia de la

de la doctrina de Cristo, la guardiana de la fe y de las buenas costumbres. Las menciones que hace de ella como suprema cabeza de la Iglesia, como cabeza del gremio de fieles, como sagrado tribunal, revelan la alta idea que tiene de su existencia y misión, de su divina finalidad, de su alto magisterio.

Sus afirmaciones religiosas y eclesiales las fundamenta en recio conocimiento de las Escrituras, de los evangelios, de la doctrina de padres y doctores de la Iglesia, de los concilios. Su mención es prudente y sin alardes de erudición teológica y canónica. Realiza las citas justa y sucintamente y en ellas se apoya con certeza cuando se refiere a aspectos en los que toca la religión y las creencias. Las citas a autoridades científicas las hace con la misma justeza y precisión y deslinda perfectamente uno y otro saberes. No encubre con el dogma y la doctrina lo que el saber racional muestra y afirma. El espíritu de la modernidad está patente en todas sus argumentaciones.

Fue, como afirma Jaime Delgado al estudiar su dualidad racional y religiosa, un auténtico espíritu científico y, añadiremos, un recio espíritu religioso. Hombre que defendía a pie juntillas la fe y la razón, Alfonso Junco dijo de él: “En él la probidad es invencible, connatural la experimentación, exigente la actitud. Su vida fue, si breve en años, intensa y extensa en la creación literaria y en el quehacer científico”. Y añade con precisión veraz: “el signo de su vida fue: verlo y palparlo todo con los ojos y las manos del entendimiento, el cual no siempre rechazó, sin embargo aceptó algunas milagrerías o piadosas leyendas, como dando a entender que su razón dejaba sitio a su fe religiosa”.

Como buen criollo, amó la ostentación en el culto religioso, pues sentía era buen medio para llegar al pueblo, al que admiraba por su religiosidad, por su fe sincera y admirativa. Amó a su prójimo, le auxilió con su caridad, cumpliendo con su misión de limosnero de su prelado, le adoctrinó con su palabra y consejos. Pese a su carácter irritable que revela en sus escritos, supo distinguir entre el pueblo humilde y devoto y el populacho vicioso y servil, la plebe que el Maestro arrojara del templo, los encanallados. No fue hombre rezandero pero sí alabó la piedad oculta en los cenobios, las calladas oraciones que se oían en celdas y santuarios.

Vida y obra de Sigüenza y Góngora están impregnadas de alto sentimiento religioso. Su propio estado, el elegido, partido de dos potentes intereses que confluían en uno, el alcance de la verdad, le conducía a aceptar por la vía de la razón a la comprensión del mundo físico, material, perfecto, obra del Creador y por la fe a la aceptación de la omnipotencia divina. Fe y razón en Sigüenza se conjuntaban, el cultivo de la ciencia y de las virtudes iban por caminos paralelos y convergen-

tes. Carlos de Sigüenza respondía a la religiosidad de su época, la que postulaba san Francisco de Sales, una religiosidad abierta, práctica, ejercida en la realidad. Una religiosidad alegre y confiada, despierta, volcada hacia los hombres quienes debían exaltar a Dios, gozarse con él, disfrutando abierta y llanamente de su gloriosa majestad, expresándole clamorosamente y a vivas voces su grandeza. El lema de Sales, que pregona la vitalidad y el regocijo en Dios, fue el de Sigüenza: “Un santo triste, es un triste santo”.

No hay en el sendero vital de Sigüenza un sentido de espiritualidad a la manera de santa Teresa y san Juan de la Cruz. La suya no es una vida ni una obra impregnada del misticismo de esos seres maravillosos del siglo anterior, sino una religión que clama hacia fuera, que obra para mejorar la vida de los seres terrenos. Su pensamiento no se encierra en el amor profundo y callado de los espirituales españoles, sino que clama gozosamente la grandeza del Salvador. La alegría que le produce el clamoreo del pueblo en sus fiestas populares, en las solemnes dedicaciones de templos y conventos, es una alegría que suena a campanas, no a arrullos de palomas. La religiosidad de Sigüenza es jocunda, viva, clamorosa y en ella encuentra, como en sus lucubraciones científicas, plena satisfacción vital. Eso le lleva a alabar la vida ordinaria, recta y tranquila, alejada de las vociferaciones de las turbas viles y desordenadas que niegan las virtudes cristianas.

Gustó mucho del culto a Dios, lo creía necesario, potente y grandioso. Si alaba la pobreza como virtud a ejercer, ensalza la dación de todo bien al Señor, al Creador, al Omnipotente. Estima que ricos y pobres contribuyan a la magnificencia que se debe otorgar a la Divinidad la que otorga al hombre, vida, salud y bienes. Las descripciones en que vuelca con entusiasmo y alabanza sus gustos estéticos y su satisfacción de hijo agradecido son enormes. El *Triunfo Parténico* y las *Glorias de Querétaro* revelan su entusiasmo vital por la magnificencia de los templos levantados a la Divinidad, el despliegue de ceremonias, cantos, luces, plegarias con las que el pueblo vibra y ensalza a Dios. El ritual solemne le apasiona, lo cree necesario, más aún, indispensable, y señala con firmeza que la fe y costumbres sencillas del pueblo son tan importantes como las misas pontificales, los triduos y novenarios, los sermones lúcidos y enjundiosos. Por ello alaba y valora la fiesta popular, sus luminarias, sus corridas de toros, sus comedias, sus incontrolables y jubilosas exclamaciones. En la piedad, en el culto y alabanza de Dios están estrechamente vinculados pobres y ricos, los magnates que con su fortuna levantan los santuarios y el pueblo que asiste emocionado a las celebraciones.

Influido toda su vida por la formación recibida en los colegios de la Compañía, Sigüenza mantuvo viva y actuante su fe, pero estimaba que las buenas obras deberían acompañarla para asegurar la salvación. Creía con firmeza en el libre albedrío, como sor Juana, y afirmaba el valor de la meditación y de la oración como medio de perfección. Si él había salido de la Compañía por incontrolable arrojo juvenil, estimó importante la acción de congregaciones de sacerdotes que trataban de salvar y perfeccionar sus vidas en santas comunidades. En los seres de vida religiosa, era menester preservar la virtud a través de organizaciones que acendrarán saber y virtud.)

Como capellán de monjas, tuvo que sufrir deliquios, arrobos y éxtasis, ciertos o no, de las religiosas. Pocas veces le tocó dialogar con monjas inteligentes, sabias y comprensivas como su amiga de San Jerónimo. Advirtió escasez, sacrificios y carencias de caridad en los claustros, y también encontró, piedad humilde y honda en sus hijas de confesión; abnegación y capacidad de sufrimiento, casi heroica en las religiosas.

La piedad fue uno de los atributos religiosos que más estimó. La piedad como acercamiento íntimo y sincero a Dios, como muestra del tributo que todo humano debe rendir al Señor y Creador. La piedad en Sigüenza no es el afán rezadero, ni la conmiseración al hermano en abandono, sino el recogimiento silencioso en el amor de Dios y del prójimo, la dación del auxilio, del consuelo, el fervor hondo y recio hacia Cristo, el Salvador. Las muestras de auténtica piedad que encuentra al contemplar las vidas de las religiosas, de sus dolores y sacrificios, de su forma de dialogar con el Señor, son una de las virtudes más excelsas que halla en la vida religiosa. Y esa piedad la va a magnificar en una figura que él admira entusiastamente, en el conquistador Hernán Cortés, cuya religiosidad, mezclada con graves imperfecciones humanas, ensalza por sincera y auténtica. Al alabar la creación del hospital de la Concepción que Cortés erigió para atender pobres y menesterosos, esta fundación la ve no sólo como muestra de un vuelco religioso de don Hernando por los beneficios de toda una vida, sino como símbolo sincero de su arrepentimiento, como medio el más potente de agradar a Dios haciendo el bien a enfermos y miserables, auxiliarles a recobrar salud y esperanzas. Obra de tanta trascendencia social provocaba el que Sigüenza encareciera la acción piadosa de don Hernando.

La piedad heroica de don Hernando Cortés sirve a Sigüenza para “exaltar la justicia recta y piedad insigne” del conquistador. En él alaba la fe que le impulsó siempre y su anhelo de implantar el Evangelio en estas tierras, deseo que señala no poseyeron otros capitanes insignes. Por esa razón diría que “Cortés sobresalió como Eneas más en la piedad que en el valor”.

Las vidas de hombres probados en la piedad, en el amor al prójimo, en la entrega a sus semejantes, en el ejercicio de la caridad son las preferidas por Sigüenza. Si en relampagueantes descripciones muestra la piedad humilde de las carmelitas, más detalladamente muestra cualidades excepcionales en el que sería capellán del hospital de la Concepción, el bachiller Antonio Calderón Benavides. Creemos que la obra desconocida, la vida del arzobispo don Alonso de Cuevas y Dávalos, andaría por ese camino. También la existencia de san Francisco Javier misionando en Oriente y haciendo el bien a menesterosos e infieles, como se ve en el *Oriental Planeta*, estuvo movida por la generosa entrega del Apóstol de las Indias a sus semejantes, a través de la piadosa caridad. Es evidente que una obra surgida de la piedad hacia los enfermos, necesitados y pobres, que significa retribuir de lo adquirido, en sus vastas empresas, a los indios y españoles miserables e invalidados, era una obra digna de alabanza, una obra que requería reconocimiento.

Fue Sigüenza fruto supremo en la ciencia por obra de la Compañía de Jesús y de la Universidad, pero salido de ella fue un secular modelo, sumido en sus labores históricas, en el auxilio espiritual prestado a las monjas y en la atención dada a los desheredados. Lector incansable como incansable escritor, su vida de clérigo la cumplió con altura. Perteneció al grupo de eclesiásticos educados en las ideas de renovación del clero que tanto impulsara san Francisco de Sales. Alejados del ocio, con ideales renovadores y anhelos de perfección, forman una línea que va del venerable Loza hasta Eguiara y Eguren y Cayetano de Cabrera y Quintero. Son profundos conocedores de las humanidades clásicas y fervientes enamorados de las letras españolas. Buenos escrituristas y cartesianos en el pensamiento, se alejaron de la escolástica decadente y abrieron las vías al ingreso de la teología positiva.

Amó el ritual religioso por lo que tiene de adoración rendida al Altísimo y cuidó esmeradamente de la fe, de la doctrina sin contaminaciones y de la sencillez en la enseñanza religiosa. Admira las concepciones sencillas y claras que sustentó en torno a la práctica de los sacramentos. Así hablando de la consagración nos dice:

A la hora competente para principiar los oficios se manifestó a la vista de todos, debajo de las especies que lo ocultan, el hijo regalado de la Purísima Virgen y hermano nuestro por la carne que de ella participó para redimir nuestras culpas.

Ensalzó la predicación que lleva a los fieles la palabra de Dios y encareció el valor de los buenos predicadores. Así nos dice al mencionar las festividades queretanas por la inauguración de la iglesia guadalupana, que el púlpito de ésa recién estrenada mereció el magisterio eruditísimo

y grande del muy reverendo padre provincial fray Nicolás de León, que “haciendo gloriosa ostentación de sus bien logrados estudios, sirvieron de retórico esmalte a los peregrinos pensamientos y no vulgares discursos que consiguieron el lleno de los aplausos en la oración panegírica”.

La organización religiosa en la Iglesia mexicana la elogia y alaba. Apoya la existencia de cofradías y hermandades que afianzan las creencias y las buenas costumbres. En la descripción de las festividades religiosas habla con respeto y aprobación, pues asegura constituyen formas sinceras de expresión religiosa que brotan del pueblo. En esas festividades en las cuales lo sagrado y lo docto se unen a lo profano y popular, el espíritu de Sigüenza se desborda y nos deja ver el riquísimo júbilo que experimenta con esas demostraciones en las cuales el calor humano, el fervor de la sociedad se vuelca en honor y agradecimiento hacia la Divinidad, hacia sus representantes y seguidores en la tierra. Si en sus reflexiones teológicas muestra el rigor de la ciencia de Dios, ese rigor bien se compagina con la alegre y festiva celebración del culto divino. Las *Glorias de Querétaro* representan mejor que ninguna otra obra el himno alegre y venturoso, la alegría que desborda el espíritu religioso del pueblo mexicano. En esta obra, también advertimos el respeto y admiración que él siente hacia el pueblo indiano, digno y respetuoso, y muy diferente a la plebe astrosa de las ciudades.

La religiosidad de Sigüenza es, por otra parte, inmensamente mariana. La veneración que a la Madre de Dios tiene se hinca, tanto en el espíritu marianológico de su siglo como en el inseparable sentimiento del mexicano hacia la protección materna, a causa del desamparo en que vivía, y la necesidad de refugio en los brazos de la madre. Razones sentimentales, psicológicas y sociales empujan al culto a la madre y crean una fuerza inextinguible e incontenible que se vuelca en culto fervoroso a la Virgen María. Recuérdese que en España una de las figuras más salientes de su erudición, Antonio de León Pinelo elaboró una amplia bibliografía mariana y estudió el valimiento de su influencia en la espiritualidad española.

Y en el aspecto del culto, no hay que olvidar que la decimoséptima centuria fue en la que surgieron los “evangelistas de Guadalupe”, y se asienta, arraiga y difunde la veneración y el culto a la Virgen del Tepeyac. Dentro de ese contexto, Sigüenza va a ser el máximo heraldo del guadalupanismo, la voz profética más valedera y penetrante, la culminación de su culto.

Si a los dieciocho años ya había delineado la poética belleza de su *Primavera Indiana*, años más tarde nos la legaría como el más luminoso poema guadalupano. Esas virtudes ya las percibía hacia 1680 fray Agustín Dorantes al escribir “estaba dotado de fértiles conceptos, de nervio y majestad en sus voces y variedad deleitosa de sus estrofas”.

No entraré a señalar el guadalupanismo de Sigüenza, que ya se encargó de hacerlo a perfección Alicia Mayer, pero sí debo reconocer que en el concierto de voces guadalupanistas, la del sabio novohispano es la más argentina por su limpieza, la más sonora por su fidelidad y la más sincera.

El que Sigüenza llame a Nuestra Señora de Guadalupe como “Nuestra regaladísima patriota” representa la exclamación más contundente del nacionalismo guadalupano que él enarbolaba. El nacionalismo religioso, ya bien fortalecido en sus años, serviría también al padre Florencia y más tarde a Echeverría y Veytia y a Cabrera y Quintero para elaborar sus magnas obras que, a más de ser baluartes de María, lo eran de México. El venturoso Juan Diego, hombre humilde del pueblo, está mostrado como el instrumento de la Omnipotencia Divina, de la Providencia para dotar al indiano pueblo de México de un lábaro que lo significara. Amplios, bien fundados y mejor escritos deben ser los parágrafos en los que se analice la mariología de Carlos de Sigüenza y Góngora.

Hemos de concluir este superficial y apresurado examen de ese aspecto fundamental de Sigüenza, que es el religioso, sosteniendo que deslindó con perfección su razonar científico y su razonar religioso. Fue extraordinario científico y cristiano ejemplar. En sus razonamientos no hay contradicción ninguna. Si en su ciencia es universal y abreva en las excelencias del mundo moderno, en su religión es el ejemplo claro del cristiano, del católico novohispano, con su sensibilidad, finura y enorme espiritualidad, del cristiano de diecisiete siglos hondo y recio. Es el modelo del creyente que pinta a sor Juana, que configura al sostenedor de la verdad, que es Ruiz de Alarcón, y que se trasluce también en los portentosos cuadros de Villalpando, llenos de luz esplendorosa surgida de la fe. A él, como afirma José Gaos, se pueden aplicar con entera justeza las palabras que Gustave Lanson otorga a aquellos pensadores que abandonando añejas ideas y gastados métodos se acercaron al pensamiento moderno: En ellos, hallamos

el prodigio trocado en fenómeno natural, la ciencia interviniendo por medio de la ley de la universalidad, la prudencia del sabio puesta en guardia para no concluir precipitadamente relaciones de causa a efecto que no serían más que relaciones fortuitas, ahí tenemos observaciones de un acento ya del todo moderno.

En suma, debemos afirmar que Sigüenza supo poner en juego el lema de la filosofía perenne: *Razón y Fe*, y con estos elementos llena su obra entera.